

NOVELA



THE CRUSH

MÁS ALLÁ DEL AMOR

BRIAN STUPEK


PLATA
LIBROS

Adam

1

El pasillo está lleno de gente mientras el timbre suena. Camino entre personas a las que no les importa llegar tarde a clase. Hay demasiado ruido. Hoy es mi último día en la universidad y, aunque lo intente, no puedo tener más ganas de terminar. He estado viviendo en el campus, estudiando en Boise State, en Idaho, Estados Unidos, y trabajando en un Einstein Bros., una tienda que vende rosquillas para los estudiantes y profesores, por seis dólares la hora. Odio este trabajo como odio a la mayoría de mis compañeros y al cincuenta por ciento de mis profesores. Aunque tengo amigos, siempre acabo sintiendo como si ellos solamente me conocieran al setenta por ciento. Nunca he llegado a estar realmente cómodo.

Miro a los estudiantes de cerca mientras tomo asiento en la parte trasera de la clase. La última lección ha comenzado, pero me es imposible concentrarme, así que me quedo absorto en mis pensamientos. Pienso en mi futuro, como siempre, y tengo miedo. La mayoría de la gente en Estados Unidos teme cosas normales: serpientes, arañas, muertos, alturas o algo así. Sin embargo, a mí siempre me ha aterrado una cosa más que cualquier otra: la mediocridad. Mientras miro a los estudiantes, puedo adivinar su futuro: sé que trabajarán en oficinas, bancos, escuelas o en la construcción. Obviamente no creo que esas ocupaciones sean inútiles, solo sé que, en mi caso, necesito una vida sin monotonía. Ellos harán las mismas cosas cada día durante el resto de sus vidas, y tal vez eso sea suficiente para ellos, pero no para mí.

Lo que no te dicen antes de entrar en una universidad es que, en realidad, es una estafa. El precio medio por estudiar un año de carrera es de más de veinticinco mil dólares. Por eso, mucha gente termina sus estudios con una deuda de más de cien mil dólares y un diploma en comunicaciones, sociología, historia o algo que te ayuda a encontrar un trabajo cuyo salario será de cuarenta mil dólares al año. Por esta razón, es casi necesario empezar a trabajar al segundo de recibir el título universitario y comenzar pagando las deudas el mismo día. Afortunadamente, como el padre de mi exnovia todavía está pagando, con cincuenta y seis años, su deuda universitaria, tengo conocimientos suficientes sobre esa trampa para poder evitarla.

Estudié en una universidad comunitaria, durante los primeros dos años, casi gratis y obtuve buenas notas. Así, cuando llegué a Boise State, recibí una beca y solamente necesité pagar tres mil dólares por semestre, en vez de diez mil. Este es mi tercer y último semestre —en vez de cuatro, que es lo común—, lo que me permite ahorrar otros tres mil por terminar antes de lo normal. Así no tendré que trabajar en la tienda de mi padre después de la graduación.

Quiero a mi padre, pero mi definición de mediocridad es trabajar en una tienda para vender flores con él y su nueva esposa, Winter. Ella es una hippie de veintiséis años con una actitud demasiado enérgica y un pretencioso susurro permanente cuando habla porque, aparentemente, la cultura del yoga es así. Odio cómo las chicas más básicas practican yoga una o dos horas por semana y piensan que se convertirán en una especie de Buda por eso.

Quise vivir con mi padre durante mis estudios para ahorrar dinero, pero hace tres años se casaron y follaban dos o tres veces al día. Son muy ruidosos porque ella grita demasiado durante el proceso. Nunca he encontrado a alguien tan sexual como ella y sin ninguna otra capacidad. Tiene problemas trabajando, cocinando, socializando y para cualquier otra cosa excepto para el sexo; lo que, aparentemente, es suficiente para mi padre. Ya sé que es un estereotipo: un hombre con más de cincuenta años acostándose con su segunda novia, mucho más joven; pero no puedo juzgarlo.

Él quería a mi madre más que a nada en el mundo. Siempre se sintió orgulloso de su matrimonio, especialmente cuando los de los padres de mis amigos se iban rompiendo semana a semana, durante mi época de instituto. Un día estaba hablando con mi madre en la cocina sobre algo irrelevante como una película y, de repente, se dio cuenta de que era tarde y debía marcharse a su clase de zumba. Mi madre y yo siempre habíamos tenido una conexión especial muy fuerte y, a veces, nos pasábamos hablando tanto tiempo de nada que llegábamos tarde a otros sitios, como ocurrió aquel día. La diferencia es que, ese día, mi madre nunca volvió de su clase. Escapó de su vida con nosotros y lo hizo con su monitora de zumba, Jasmine. No sabía que a mi madre le gustaban las mujeres, ni que tenía una pequeña casa en la costa de México con su nuevo amor, Jasmine, y su familia. Y esa fue la última vez que hablé con ella.

Mi padre estuvo destrozado durante dieciocho meses, caminaba y trabajaba como un zombi durante esa época oscura. Hasta que un día encontró a Winter mientras estaba comprando flores para el cumpleaños de su animal espiritual. Hacía cuatro años que ella había descubierto que, en su interior, habitaba una pantera llamada Winter. Ya sé que es ridículo, pero la peor parte es que cambió su nombre legalmente de Mary a Winter y, el mismo día, se hizo un tatuaje de una pantera en el culo. Se sentía fuerte como un gato salvaje cuando encontró a mi padre. Fue entonces, después de comprar las flores, que, detrás de la mesa con la caja registradora, agarró a mi padre de la mano, le llevó

hasta la oficina y le mostró el mejor sexo que jamás había tenido. Ese día yo también me encontraba en la tienda intentando hacer mis deberes del instituto, pero, después de eso, no pude pasar más tiempo en su negocio. Se casaron dos meses más tarde y, en dos años, sentí que había perdido a mi madre y a mi padre. Ella en México con Jasmine y mi padre con la pantera pretenciosa.

Así que empiezo a pensar en Regin.

—Gracias, profesor Thomas, por habernos dedicado tu tiempo este semestre —escucho decir a un ángel.

—De nada, Regin. Eres una estudiante a la que resulta muy fácil enseñar —responde el señor Thomas.

El profesor Thomas tiene razón, porque todos los cumplidos y todas las cosas buenas que se podían decir, ella se las merece. Regin es una diosa. La encontré por primera vez hace catorce meses, en la cafetería. Yo estaba bebiendo agua de la fuente cuando escuché a alguien detrás de mí decir: «Perdona». Me di la vuelta para informarle de que estaba bebiendo, pero, cuando la vi, no pude hablar. Tosí expulsando el agua, y hui muerto de la vergüenza. Aunque compartimos clase, fue la única vez que hablé con ella. Siempre se sienta delante y yo en la parte de atrás. He sacado mis peores notas, en todas las asignaturas en las que coincidimos, porque no puedo concentrarme en las enseñanzas de los profesores si un ángel se encuentra frente a mí, viviendo su vida como una humana normal. Es tan guapa que hubiera hecho que Helena de Troya pareciera una vaca embarazada. Mide un metro ochenta centímetros de altura, lo mismo que yo.

La mitad superior de su cuerpo es fantástica, pero juraría que un metro setenta son solamente sus piernas.

Tiene el pelo rubio con algunos mechones castaños y una sonrisa que podría ser la causa del calentamiento global. Cuando lo hace, es como si fuese un gran sol. Una vez preparé un piropo especial para ella: «¿Puedes parar de sonreír por la seguridad de nuestro planeta? Vas a matarnos a todos los hombres». Pero tuve demasiado miedo, así que, cuando llegué a su escritorio, entré en pánico y lo único que se me ocurrió preguntar a su mejor amiga fue cuál era el día de la semana. «Jueves», me respondió. «Gracias», le dije antes de volver a mi pupitre. Aquello me pareció una victoria, a pesar de no haber podido cumplir con mi propósito. El simple hecho de haberle hablado sin escupir el agua que estaba bebiendo y sin escapar de la situación, mereció que esa noche lo celebrase en mi apartamento comiendo una pizza. También reflexioné sobre la experiencia vivida.

Si algo me quedó claro, fue que la única forma en la que podría merecer a una mujer así era trabajar fuerte para mejorar en todo. Por eso quiero viajar y enriquecer mi alma. No había hablado nada de esto con mi padre, debido a que él estaba esperando a que terminara mis estudios para que le ayudase con su tienda. Pero, como dije antes, no puedo aceptar una vida de mediocridad. Tal vez sea por haber crecido en un pueblo normal y corriente, con amigos y una familia corrientes. O, tal vez, porque tenía un empleo demasiado normal o estudiaba un área muy común en una universidad normal y corriente. Por

esas razones, me sentía como si estuviera en el camino a una vida banal y vulgar. Afortunadamente, tengo veintitrés años y aún me queda mucho tiempo por delante para realizar cambios en mi vida. Seguramente obtendré resultados que en este momento ni imagino.

He comprado un billete de avión a Brasil y saldré mañana a las nueve. Escribiré una carta de disculpa para mi padre y la colocaré en su tienda después de que él y Winter se vayan a la cama. Sí, tengo miedo de cambiar mi vida, la verdad, pero las ganas son mayores que el miedo.

Ya llevamos cincuenta y cinco minutos de clase, mientras yo sigo pensando en mi padre, en Regin y en Brasil. Mi mente divaga con chicas brasileñas. He escuchado que tienen cuerpos perfectos y que les gusta follar mucho más que a las chicas de aquí. Eso es bueno, porque solo me he acostado con chicas cuatro veces en mi vida. Eso sí, siempre con alguien diferente. No porque sea más chulo que nadie y me guste echarle un polvo a cada chica, sino porque todavía lo hago como si fuera virgen. Cuando lo hago, les escribo al día siguiente y no recibo respuesta. Es raro, porque veo películas todo el tiempo y las chicas siempre están hablando de que les gusta que los chicos les envíen un mensaje al día siguiente. Pero parece que no follo lo suficientemente bien como para recibir una respuesta. Creo que estoy un poco obsesionado con la idea de tener sexo, debe ser porque no suelo practicarlos.

En el mejor momento de mi imaginación con las mujeres brasileñas en la playa de Rio casi desnudas, aparece un rostro delante de mí. Tiene la piel pálida, acné y una voz chillona.

—Hola, Adam... Adam... Adam... ¡Adam! —No, está claro que no se trata de una brasileña la que está hablando conmigo ni tocando mi hombro, sino Hannah, la chica que se sienta a mi lado en clase.

—¿Qué pasa, Hannah? —respondo.

—¿Tienes ganas de graduarte? —pregunta.

—De hecho tengo más ganas de eso que de cualquier otra cosa en mi vida —murmuro con un deje de fastidio en la voz.

No es que odie a Hannah exactamente. Es una buena chica, de hecho, pero me molesta un poco porque lleva enamorada de mí desde hace dos años y yo no tengo ningún sentimiento hacia ella. Por eso, siempre he sido un poco maleducado con el objetivo de intentar que nuestras conversaciones terminen lo más rápido posible.

—Adam, ¿sabes que mis amigas y yo vamos a hacer una fiesta de graduación? Me preguntaba si te gustaría...

La campana de la escuela la interrumpe en ese momento para avisarnos de que es hora de irse.

—¡Felicidades por terminar el curso y adiós, Hannah, encantado! —grito mientras corro fuera de la clase para escapar de la invitación y dejar esta vida atrás. Escucho que ella chilla un «¡Espera!», pero la puerta se cierra de golpe y ya me he ido.

Regin

1

Acabo de hacerle la pelota al profesor para conseguir mejor nota de la que merezco. A principios de año quise obtenerla justamente, pero ya no tengo otra opción desde la noche que llegué a su clase solo para pedirle ayuda con mi ensayo de la pirámide de Maslow. Todo comenzó muy bien. De hecho, escribimos la mitad del ensayo antes de que necesitase levantarme de la silla para ir a ver los ejemplos de ensayos que él tenía sobre su escritorio. Pero, cuando estaba leyendo, sentí algo tras de mí, me volví y lo vi a mi lado. Estaba de pie allí, demasiado cerca, con sus labios tocando mi cuello y su mano derecha pegada a mi culo. Él tiene cuarenta y cinco años, una esposa y dos hijas. Me fui de su clase inmediatamente sin decir ninguna palabra.

Me sentía como una mierda, aunque sabía que no había hecho nada malo. Al día siguiente, llegué a clase y el señor Thompson me pidió perdón y me dijo que había reconsiderado mi nota, la mejor de la clase. Parecía una prostituta.

Ahora estoy sentada al lado de mi mejor amiga, Gwen, mientras me cuenta una historia de un chico al cual no le importa absolutamente nada. Es muy graciosa y siempre está a mi lado cuando la necesito, pero se la pasa siempre hablando de chicos. Amor, sexo, deseo..., todo. En parte tengo envidia de sus historias y de sus experiencias, puesto que son mejores que las mías. A pesar de que siempre me dicen que soy guapa y sexy, yo no me siento así. Los chicos solo quieren follar conmigo o presumir delante de sus amigos por habernos besado. No soy una persona ni una mujer para ellos, sino un pedazo de carne.

Gwen encontró el amor tres veces antes de su cumpleaños número veintidós y yo no lo he encontrado ni una vez en toda mi vida. No lo encontré tampoco en casa, donde mi madre estaba siempre borracha y mi padre fue internado en la cárcel por arrojar a mi madre desde la ventana del segundo piso. Yo tenía cuatro años. Ella se rompió cinco huesos y, durante su rehabilitación, comenzó a tomar demasiados opiáceos. Debería haber ido a un centro de rehabilitación para tratar su dependencia, pero no lo hizo. Tampoco sé nada de la familia de mi madre ni de mi padre, excepto que mi madre tenía un abuelo llamado Reginald y de ahí que mi nombre sea Regin,

pronunciado como el del expresidente de los Estados Unidos Ronald Regan.

Siendo aún pequeña me mudé de la casa de mi madre para vivir con Gwen, la chica que estaba en misma escuela y, desde entonces, hemos sido las mejores amigas. A los cuatro o cinco meses, mi madre parecía haberse recuperado de su adicción, así que volví a vivir con ella. Sin embargo, recayó de nuevo y con más fuerza, tanto en el alcohol como en las drogas y, a veces, me dejaba olvidada en cualquier sitio. En ocasiones en un supermercado, y en otras, en una casa de drogas donde acudía con su novio Ricky. Cada vez que ella me desilusionaba, Gwen y su familia estaban allí para ayudarme y para darme la bienvenida a su vida y su casa.

—¿Qué te parece este chaval, tía? —me pregunta Gwen mientras me muestra una foto de un hombre en Tinder.

—Me gusta mucho su cara, parece agradable —digo.

—Qué asco, tía, tiene treinta y cuatro años y está perdiendo el cabello. También está un poco gordo. Sinceramente, no creo que encuentres un hombre como Steve. Es el mejor, los otros que te gustan son aburridos y gorditos —se burla ella.

—Cállate, cabrona —protesto, y nos echamos a reír.

La campana de la escuela suena, lo que significa que mis estudios han terminado. Debería de sentirme orgullosa, pero no lo hago. Un chico, que me gustó durante un tiempo, corre hacia la puerta rápidamente. Él piensa que no lo veo cuando se me

queda mirando, pero lo pillo hoy y casi todos los días. De hecho, parece absurdo, pero esperé durante años que me pidiera una cita y nunca lo hizo. Es una pena, porque me parece el hombre más guapo e inteligente de nuestra clase.

Parece estar escapando de la universidad y no lo culpo. De hecho, yo debería hacer lo mismo, porque he gastado mucho dinero y he desperdiciado cuatro años de mi vida intentando encontrar la leyenda urbana de “el sueño americano”. Adam, que así se llama, sin embargo creo que es consciente del significado de su huida. Ojalá que nos encontremos algún día en el futuro. En todo caso, son las dos y tengo mucha hambre, así que le pregunto a Gwen:

—¿Dónde comeremos?

—¡Píchole, guapa! —responde antes de agarrarme del brazo y sacarme del aula. Caminamos hacia su coche, pero, antes de llegar allí, dudo unos diez segundos: tal vez si miro el campus una vez más, sentiré algo por él.

No funciona.

—¡Hola, guapa! —Steve me grita mientras se acerca al auto. Me besa incluso antes de entrar en el asiento delantero del coche—. ¿Dónde vamos?

—¡Píchole! —grita Gwen, excitada.

Píchole es un restaurante en Boise Idaho donde hacen una pizza muy rica llamada *Patata Bacon*. Es el bar más popular entre los estudiantes que se emborrachan a las tres de la madrugada, durante el fin de semana. Siempre que Gwen elige un lugar al

que ir, se decanta por Piehole. A mí en realidad, no me gusta demasiado, pero me encanta hacerla feliz.

Me acomodo en el asiento trasero del coche y me quedo pillada mientras Gwen canta una canción de mierda de Katy Perry y Steve escribe mensajes delante de mí. Y me pregunto si voy a echar de menos estos momentos en el futuro, incluso pareciéndome a veces demasiado pesados. Pero durante el trayecto tampoco tengo mucho tiempo para pensar en esto. En cinco minutos hemos llegado a Piehole.

Gwen y Steve salen del coche inmediatamente para hablar con sus amigos, mientras yo lo hago lentamente. Gwen es animadora y Steve jugador en el equipo de fútbol de nuestra universidad. Tiene veintiún años, por lo que le quedan otros dos más para terminar la carrera. No le importa. Después de la siguiente temporada de fútbol, él entrará en el NFL para jugar de forma profesional.

Está hablando con los otros jugadores de su equipo fuera de Piehole y con las animadoras, como Gwen. Todo el mundo nos dice que tenemos mucha suerte de habernos encontrado y que somos la pareja perfecta. Él es guapo, popular, divertido y, aparentemente, yo también soy preciosa. No me gusta que crean que soy perfecta, especialmente porque me considero la persona más lejana a la perfección que conozco. Me parece muy sexista ser perfecta solamente por mi aspecto o porque tengo una cara bonita. También tengo ideas y pensamientos buenos, aunque nadie esté interesado en ellos.

Cuando los veo comiendo pizza, cantando y bailando, intento estar contenta. Hoy es el último día que pasaré con ellos. Al principio pensé que podríamos continuar juntos durante el verano, pero es mi momento para empezar una nueva vida. Y, debido a que sé que Steve me engaña casi cada día desde los últimos seis meses, es el momento perfecto para irme.

Ellos piensan que soy estúpida porque no hablo mucho y que solo soy superficial, pero la realidad es que percibo mucho más de lo que son conscientes. Por ejemplo, sé perfectamente que al menos seis animadoras se están follando a Steve regularmente, incluyendo a Gwen.

Es muy triste que mi mejor amiga se acueste con mi novio, pero, en realidad, no lo amo. Por eso no me ha importado demasiado. Me deprimí más porque pensaba que ella era como una hermana para mí, la persona más parecida a una familia que he tenido. Y, con esto, me he dado cuenta de que yo significo menos para ella de lo que ella significa para mí. De eso estoy segura, porque nunca me acostaría con ninguno de sus exnovios.

Me enfadé e indigné mucho cuando tuve que ir al médico, porque sentía dolor cada vez que iba al baño, y me comunicó que tenía una enfermedad de transmisión sexual. Clamidia para ser exactos. Al principio pensaba que sería una infección urinaria por depilarme. Estaba sorprendida porque nunca había echado un polvo con nadie diferente a mi novio, así que hice algo que nunca antes se me hubiese ocurrido: Tomé el móvil de Steve cuando él estaba durmiendo y busqué en los mensajes y en su

Instagram. No pude creer lo que veía. Parecía como si estuviese follando más de diez veces a la semana con diferentes mujeres, incluyendo cinco con Gwen. De hecho, he estado viviendo con Gwen durante muchos años, pero no la he visto desnuda tantas veces como la vi en su teléfono. Es increíble, sobre todo teniendo en cuenta que nosotros lo hacíamos al menos siete veces a la semana.

Sin embargo, lo más raro es que —con todo el sexo que tenemos— él ni tan siquiera lo hace bien. Creo que no he tenido ni un solo orgasmo durante la historia de nuestra relación. Sé que es algo extraño de entender cómo una persona puede estar con alguien así. En realidad, yo solo quería tener sentido de la pertenencia. Sé que parece una excusa, pero por mucho que buscaba solo encontraba que los hombres mayores estaban casados y los chicos de la escuela no tenían suficiente madurez para cubrir mis necesidades. Al menos con Steve tenía suficiente confianza como para intentar un noviazgo. Y a pesar de que es aburrido, egoísta y un pedazo de mierda, me consuela que a veces intentara mejorar para mí.

Por otra parte, si lo pienso detenidamente, no deseaba tener algo nuevo con alguien diferente y tampoco me apetecía estar soltera durante mis últimos meses aquí. Así que he permanecido en esta especie de purgatorio, con el miedo a que otro infierno peor estuviera esperándome al otro lado. Por eso finalmente he decidido enfrentarme a ello esta misma noche y marcharme. Steve y yo dormiremos juntos en el apartamento de Gwen, y

antes de que amanezca, viajaré a Nueva York para comenzar mi nuevo trabajo en una empresa de marketing, con Greg, el jefe, y un equipo de veinticinco personas. No le he dicho nada ni a Gwen ni a Steve, porque quiero irme sin despedirme. También, porque después de lo que me han hecho, no merecen mi cariño, ni tampoco una explicación.

Tras un par de horas en Piehole, paramos en el supermercado a comprar alcohol para la fiesta que habría en el apartamento de Gwen. Una fiesta como otra cualquiera, música alta, los jugadores bebiendo demasiado alcohol y vomitando en el baño, y las animadoras inhalando cocaína tan rápido como yo inhalo aire fresco. Me aburre mucho, especialmente después de cuatro años así, por lo que decido hacer algo absolutamente estúpido para pasar el tiempo. Llamar a mi madre para contarle que he terminado mis estudios. Una de las dos opciones funcionará, creo. Mi madre me responderá. O quizás no lo haga porque aún esté todavía en rehabilitación. La primera opción tiene un cinco por ciento de probabilidad y la segunda un noventa y cinco por ciento. Al final, termina respondiéndome. Pero, cuando le doy la noticia, no le importa en absoluto. Es entonces cuando recuerdo que no tengo nada ni a nadie.

Me marcho de la fiesta cuando decido que una noche es demasiado tiempo para esperar al próximo capítulo de mi vida. Pongo las dos cartas en la cama de Gwen al entrar en su cuarto y, afortunadamente, no hay nadie. La primera carta es para Steve y dice así:

Hubiera pensado que alguien que se acuesta con tantas mujeres sería mejor en la cama. Además, hace seis meses, me contagiaste la clamidia.

La segunda es para Gwen:

Gwen, me sentí muy afortunada por conocerte. Tu familia y tú me salvasteis la vida, y estuvisteis ahí siempre que lo necesitaba. Sois la familia que nunca merecí y siempre os amaré. Sin embargo, necesito encontrar mi lugar en el mundo sola, y por eso voy a Nueva York ahora, deséame buena suerte. Ahora Steve es totalmente tuyo, no necesitáis seguir escondiendo vuestro amor, felicidades.

Me voy al aeropuerto sin importarme las ocho horas que tengo antes de que mi avión parta a New York. Ya tengo las maletas preparadas, así que camino diez minutos hasta mi apartamento y tomo un Uber. Este llega en menos de treinta minutos desde que puse las cartas en la almohada. Gracias al cielo, el aeropuerto de Boise se encuentra a diez minutos del campus.
